

Mujeres y escritura: a propósito de *Otramente*

“... **P**arece querer salirse ahora por mi útero como si los cuerpos poéticos forcejearan por irrumpir en la realidad, nacer a ella, y hay alguien en mi garganta, alguien que me estuvo gestando en soledad, y yo, no acabada, ardiente por nacer, me abro, se me abre, va a venir, voy a venir”, escribió Alejandra Pizarnik —una de las mayores voces poéticas de América Latina— en su libro *Extracción de la piedra de la locura*. Cito este fragmento no sólo por el placer de volver a la poesía, o porque la poesía me deja bucear desde otra perspectiva en la densidad de lo ensayístico, reencontrarme —como sugieren algunas líneas de la crítica feminista— con un espacio en el que cuerpo y logos no son excluyentes sino los hilos que van tejiendo las palabras, sino también porque estas líneas de Pizarnik permiten leer algunas de las preocupaciones sobre las que diferentes propuestas del feminismo han reflexionado y trabajado: entre otras, la relación entre cuerpo femenino y escritura, o la relación entre algo que podríamos llamar identidad femenina y las características de un cierto tipo de lectura/escritura. Es decir, ¿de qué

estamos hablando cuando hablamos de literatura de mujeres? ¿Hay una especificidad de lo femenino que pueda rastrearse en lo literario? ¿o es más bien el modo en que leemos el que le otorga esa “especificidad”? ¿Cómo evitar los esencialismos y las complacencias, sin cancelar las tan necesarias y festejables complicidades críticas y vitales? ¿Cómo pensar la literatura femenina en Latinoamérica? ¿Qué caminos tomar para no hacerle el juego al mercado en este supuesto *boom* de escritura de mujeres? ¿Cómo pelear por lo político sin olvidar lo estético? ¿La academia o la acción? ¿Reformistas o radicales? ¿Crítica norteamericana o crítica francesa? ¿Y las italianas? ¿Y nosotras? ...¿Y nosotras?

A pesar de lo que plantea Charlotte Broad en su estupenda introducción —en realidad un denso y complejo ejercicio metarreflexivo— a la colección de textos que forman el libro en el sentido de que “La forma interrogativa es un recurso estilístico irritante usado por muchas de estas feministas”, no puedo evitar hacerme éstas y otras preguntas que me acompañan desde hace varios años y que *Otramente* me ha llevado a plantearme una vez más, por lo que mi propuesta es menos dar una visión ordenada y completa del libro, que expresar algunas de estas inquie-

tudes. Por supuesto, en este viaje partimos de ciertos elementos seguros; el primero es la necesidad de reflexionar sobre estos temas, y no sólo la necesidad sino yo diría que la responsabilidad ineludible de hacerlo; el segundo es la importancia de no convertir tales reflexiones en largos y egocéntricos monólogos (aunque se trate de monólogos “a muchas voces”) sino en —perdón por la obviedad— diálogos que no cancelen las diferencias (de clase, de nacionalidad, de preferencias sexuales) sino que las vuelvan productivas, fructíferas, enriquecedoras. De ahí la importancia de un libro como *Otramente: lectura y escritura feministas*, donde las complicidades permiten que se entretujan diversas redes a través de “los vínculos entre textualidad y sexualidad, entre género y cultura, entre identidad y poder” (p. 9).

Marina Fe y Marisa Belaustegui goitia relatan, en la presentación del libro, el modo en que un grupo de profesoras (y algunos profesores) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, decidió juntarse a pensar y a disfrutar pensando juntas sobre estos temas; nació así el “Seminario interdisciplinario de escritura femenina” (SIEF). Parte de ese trabajo de reflexión y análisis consistió en seleccionar un conjunto de artículos escritos por teóricas femi-

nistas fundamentalmente de Estados Unidos en la década de los 80 y darse a la tarea de verterlos al español. El resultado son las casi trescientas páginas de *Otramente*, formado por las traducciones estupendas —algo no demasiado frecuente y absolutamente agradecerable— realizadas por Flora Botton-Burlá, Argentina Rodríguez, Claudia Lucotti, Marina Fe, Julia Constantino, Claire Joysmith, Eva Cruz y Nattie Golubov.

Este relato me recordó otro similar que le escuché a Mary Louise Pratt, una importante crítica de la cultura de origen canadiense especialista en América Latina, autora, entre otros libros, de *Imperial Eyes*, texto fundamental para pensar la compleja relación entre la mirada metropolitana y una cierta “construcción” de nuestro continente. En alguna reunión Mary Louise contó cómo se formó en California el “Seminario de cultura femenina latinoamericana” del que ella forma parte, el cual, a pesar del rimbombante nombre —exigencia de las instituciones académicas a las que pertenecen sus participantes— es, como el grupo formado en la Facultad, un espacio de reflexión y crítica sobre este asunto de lo femenino. Ellas hablaban de “zona de seguridad” y “zona de conflicto o riesgo” para referirse a los dos espacios fundamentales en

que tenían que moverse y donde era necesario que presentaran y defendieran sus ideas. La “zona de seguridad” hacía referencia, por supuesto, al interior del grupo, donde no sólo se compartían reflexiones y lecturas, sino también (¿les cabe alguna duda?) alegrías y tristezas familiares y domésticas, o preocupaciones políticas. La “zona de riesgo” era todo lo que las esperaba fuera del grupo, en el campo académico e intelectual: congresos, mesas de discusión, páginas de revistas y periódicos, seminarios, donde había que defender las propias posturas ante interlocutores o interlocutoras que ya no eran “pares”, en sentido estricto. Aunque las metáforas bélicas no me gustan, cualquier mujer sabe que utilizadas de esta manera resultan bastante descriptivas.

Por eso celebro que el SIEF haya abandonado las “trincheras” y se haya lanzado —eso sí: muy bien pertrechadas— a la “zona de riesgo” con un libro como *Otramente*. La selección realizada tiene pros y contras; entre los primeros está, por supuesto, el acercar a nuestra lengua algunos de los principales textos que se han escrito en el ámbito de la teoría y la crítica feministas. Como elemento problemático veo el recorte geográfico que han hecho, ya que empobrece en demasía el pano-

rama (aunque, como sabemos bien las fronteras políticas no delimitan homogeneidades sino tensiones y diferencias, por lo que, a pesar de este sesgo, no queda suprimida, afortunadamente, la diversidad de posiciones teóricas). Por otra parte, y tomando en cuenta la riqueza de las reflexiones posteriores a los años 80, creo que el SIEF tendría que pensar en este libro (quizás ya lo han hecho) como en un primer paso que dé lugar en el futuro a nuevos volúmenes donde se escuchen —se lean— otras voces: las de las autoras francesas, inglesas, italianas, y por supuesto las latinoamericanas o latinoamericanistas que las hay, y muy buenas.

Una de las búsquedas que comparten varios de los artículos antologados es la construcción de nuevas genealogías. Es decir, si durante siglos las mujeres han sido excluidas del canon literario occidental (para decirlo de un modo que le encantaría a Harold Bloom), recuperar su presencia en la historia de la literatura es, sin duda, un gesto político importante. Pero cobra mayor importancia aún si no se queda solamente en un nuevo listado de nombres que complementa o corrige el listado de nombres masculinos que ha imperado, sino que se propone cuestionar los criterios de conformación de tales

selecciones, los criterios de valoración de los textos; es decir, si pone en evidencia el carácter histórico, cultural y artificial de algo —el canon— que se nos ha dado como “natural” y “ahistórico”. La construcción de este canon teórico alternativo —a pesar de las declaraciones antiteóricas de muchas de ellas¹— no está exenta de desacuerdos e incluso de peleas a muerte (el artículo de Nina Baym, por ejemplo, es especialmente beligerante), pero no estoy tan segura de que —como lo plantea Showalter— “...la crítica feminista [no] pueda encontrar un pasado útil en la tradición crítica androcéntrica” (p. 81); me parece que, como en el caso de la crítica latinoamericana, se trata de “saquear” todos los archivos posibles y usarlos a fin de pensar nuestra propia realidad. No restar sino sumar *crítica y creativamente*.

Esta tendencia a la recuperación de las “voces olvidadas” —y le estoy robando el título a un libro publicado por el PIEM de El Colegio de México— ha sido dominante en la crítica angloamericana, y en gran medida es la que guía la reflexión feminista en América Latina. No tengo ninguna duda acerca de la

fundamental labor política de este tipo de trabajo, y sin embargo sus derivaciones no dejan de inquietarme. El haber tomado la pluma para convertirse en sujetos de su propia enunciación es una de las grandes rupturas —a veces silenciosa, a veces deliciosamente escandalosa— que han realizado las mujeres. Sin embargo, creo que hay una pregunta que la crítica literaria no puede dejar de lado: ¿toda la llamada “literatura femenina” es valiosa por el solo hecho de haber sido escrita por mujeres? Sin duda, en un primer momento contestar afirmativamente esta pregunta tuvo un sentido en el que lo político y lo poético aparecían confundidos, y tal vez ahí residiera su valor. Hoy creo que este problema, como tantos otros del pensamiento contemporáneo, se ha multiplicado, se ha ramificado, en el sentido del rizoma deleuziano; incluso aquella ecuación —considerada como algo casi obvio— que identificaba *literatura de mujeres* con *escritura femenina* está en crisis. ¿Ayuda en algo pensar, en cambio, que la especificidad de la escritura femenina no puede buscarse en el corte biológico sexual sino en el posicionamiento frente al poder como

¹ “... para algunas, la crítica feminista constituía un acto de resistencia contra la teoría...” (Elaine Showalter, p. 77).

lo proponen algunas críticas más cercanas a la teoría francesa?

Dice la escritora chilena Diamela Eltit: "Parece necesario acudir al concepto de nombrar como lo *femenino* aquello que desde los bordes del poder central busque producir una modificación en el tramado monolítico del quehacer literario, más allá que sus cultores sean hombres o mujeres..."² Aunque este tipo de postura pareciera respetar de alguna manera la dicotomía femenino/masculino identificando, en este caso, lo segundo con lo centralista, autoritario, monológico, y lo femenino con lo disperso, lo desafiante, lo descen-trado (y no simplemente defendiendo el biologicismo del cuerpo y el lenguaje femeninos desde la perspectiva del psicoanálisis freudo-lacaniano como lo plantean de manera bastante sesgada algunas de las autoras antologadas en *Otramente* —Nina Baym, Elaine Showalter—), busca sobre todo desarticular los estereotipos, difuminando sus límites, desdibujando las fronteras. Es decir, busca oponer lo múltiple y heterogéneo a los esquemas de pensamiento binario. Por supuesto, no toda la literatura escrita por mujeres tie-

ne que ver con el deseo, puesto en estos términos, ni con la subversión. ¿Cómo enfrentar desde la crítica el hecho de que muchas obras son en realidad una suerte de "puesta en texto" de las características de los discursos más autoritarios, misóginos y conservadores de la sociedad? El primer paso para ubicarnos frente a esto —no importa cuál sea el punto de vista de cada una— quizás sea aprender a descen-trarse, a descolocarse (en el mejor sentido) para que podamos leer de otra manera. Sin duda, *Otra-mente* es un importantísimo paso en ese aprendizaje.

Escribe Rachel Blau DuPlessis en el artículo que da nombre al libro, texto seductor en su complejidad y apuesta a la ruptura de convenciones:

quién es "yo" quién es "tú"/ Quien es "él" es "ella"/ fugaces cambios de posición, cargas sociales que implican/ un milenio de práctica. Perturbar la práctica/ por "lo ello" un referente flotante, un atar sólo las múltiples fronteras/ de la marginalidad.

En este hablar y atar múltiples fronteras quisiera terminar con una pequeña anécdota relatada por una de las mediadoras para la paz en Chiapas, que puede

² Diamela Eltit, "Textos que no arman un mural", en *La Jornada semanal*, núm. 284, 21 de noviembre de 1994.

servirnos para pensar en las relaciones entre sexualidades y textualidades, entre poderes y márgenes, no sólo en la práctica de la escritura:

Le pedimos que escribiera en su idioma "hemos venido a dialogar". No, dijo, en idioma indígena no existe esa palabra dialogar.

Entonces ¿cómo se dice? le preguntamos. "Se dice, vámonos a poner a platicar, a ver si con la palabra de cada quien se hace una palabra común."³

Y en eso andamos también nosotras, ¿o no?

Sandra Lorenzano

Texto leído en la presentación de *Otramente: lectura y escritura feministas*, Marina Fe (coordinadora), México, UNAM (PUEG, Facultad de Filosofía y Letras)/Fondo de Cultura Económica, 1999.

³ Entrevista a Alejandra Moreno Toscano, *La Jornada*, domingo 18 de junio de 1995, p. 25.